

Objetivo: matar a Hitler

GABRIEL GLASMAN



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: Objetivo: matar a Hitler
Autor: Gabriel Glasman

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre
Diseño de cubiertas: Carlos Peydró

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-827-2

Libro electrónico: primera edición

A mis hijos Tomás y Lucas
por la alegría sin fin.

Índice

Introducción	11
1. Del <i>putsch</i> de Munich al poder	23
2. El Estado policial	65
3. Una persecución sostenida	77
4. La resistencia	95
5. Los años de tibieza: 1937-1939	129
6. Elser, el pionero	143
7. La inquietud conservadora	179
8. La conspiración de las botellas	191
9. Una bomba bajo la mesa	213
Conclusiones	263
Bibliografía	269
Siglas y términos alemanes utilizados	271
Cronología sumaria	273
Archivo visual. La propaganda nazi en imágenes	277

Introducción

Los habitantes de un país totalitario son arrojados y se ven atrapados en el proceso de la Naturaleza o de la Historia con objeto de acelerar su movimiento; como tales, solo pueden ser ejecutores o víctimas de su ley inherente.

Hannah Arendt

Los estudios dedicados al tema del nazismo y el surgimiento y caída del Tercer Reich conforman una de las mayores bibliografías de la historia contemporánea. Más de veinticinco mil títulos dan buena fe de ello, amén de una incalculable cantidad de análisis monográficos que aún no vieron la luz en formato libro. En casi todos ellos, cualquiera sea la línea historiográfica y política que los sostenga, la presencia de la oposición y la resistencia antinazi en Alemania ha tenido un lugar relativamente secundario y un tratamiento ciertamente marginal cuando no anecdótico.

Consecuentemente, las numerosas tentativas de asesinato perpetradas contra Adolf Hitler han configurado una suerte de subtema estigmatizado como una sucesión de actos tan audaces como individualistas —una persona o un grupo de ellas—, separándola de los complejos procesos internos que no dejaron de surcar la Alemania de aquel entonces. No obstante, es necesario subrayar que algunos autores se han detenido en el tema con una visión más profunda, asignándole una importancia destacada. Ejemplo de ello son las obras de Michael Burleigh y Richard J. Evans, ambas sobre la historia del Tercer Reich; la monumental biografía de Hitler de Ian Kershaw y el completísimo trabajo sobre el Estado policial nazi y la Gestapo de Eugen Ko-

gon, entre otros. Todos ellos han resultado fuentes fundamentales de datos e interpretaciones que se hallan incorporadas en el presente libro.

Nos hemos propuesto, pues, saldar esta cuestión para el gran público, reconstruyendo la unidad intrínseca entre las características y expresiones de dicha oposición y resistencia y el devenir político del nacionalsocialismo y su dictadura. Esta exploración nos ha conducido a trazar un paralelo entre la evolución de unos y otros.

A diferencia de lo acontecido en la Italia fascista, donde Benito Mussolini debió invertir tres largos años para imponer un Estado autoritario nacional, en Alemania Hitler impuso su política policial en menos de uno, amén de que la estabilidad y fortaleza alcanzada por aquél fueron incomparablemente inferiores a las construidas por este. Igualmente disímiles fueron las fuerzas de oposición y resistencia que en ambas experiencias se establecieron contra los respectivos regímenes y, claro está, la suerte que corrieron en sus intentos. Estas diferencias notables en los logros y dificultades existentes entre una y otra experiencia del fascismo europeo ascendente invitan a interrogarse acerca de los fundamentos que les dieron vida y las fuerzas que desataron en su contra.

Introduciéndonos de lleno en el caso alemán, es indudable que el ascenso del nazismo tampoco implicó un proceso fatal e inevitable, en el sentido histórico. Las cosas bien pudieron haber sido de otro modo y si no lo fueron también tiene su explicación.

El nazismo, como movimiento nacional y de masas, ha sido la consecuencia de un determinado desarrollo de la política y la sociedad europeas que hundió sus principales raíces en las últimas décadas del siglo XIX. Pero no hay dudas de que el mismo no se hubiera podido materializar exitosamente sin una estrecha relación con múltiples tradiciones y procesos políticos e ideológicos específicamente alemanes que permitieron, en definitiva, el surgimiento del polo de atracción nazi.

La aprobación que una gran mayoría de la sociedad alemana dispensó a los nacionalsocialistas y las simpatías que estos despertaron en numerosos sectores sociales en todo el Viejo Mundo no pueden explicarse sin la consideración de un fermento en el conjunto social que los nazis explotaron con atención y habilidad excepcionales. Si en la caldera europea de la post Gran Guerra había cabida para una profunda reformulación de los sistemas políticos de gobierno, los nazis supieron reconvertir la crisis para establecer su estado autoritario.

Mucho se ha escrito acerca de los motivos que llevaron a los distintos sectores sociales de la Alemania nazi a sostener la carrera ascendente de Hitler hasta convertirse en amo y señor de un imperio que, según sus presagios, se prolongaría por más de mil años. Las llamativas diferencias que pueden enumerarse entre la situación socioeconómica vigente en la débil República de Weimar, emergida tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, y la del reconstruido imperio de la segunda mitad de los años treinta son tan notables que harían innecesario adentrarse en grandes disquisiciones. Pero como es bien sabido, otras diferencias no menos notables también caracterizaron al periodo en cuestión. Y así como la inestabilidad republicana poco tenía para competir con la fortaleza del Reich que la sustituyó, las libertades y el respeto de la vida humana mantuvieron una relación inversamente proporcional.

En otras palabras, mientras que durante la República el cuestionamiento a la política oficial fue una opción relativamente concreta para el conjunto social, durante el Tercer Reich el mismo desapareció por completo. Varios centenares de miles de muertos, desaparecidos, encarcelados y por completo sometidos a las reglas impuestas por el estado policial nazi así lo atestiguan.

Es lícito, pues, preguntarse una vez más qué llevó a la sociedad alemana a invertir su herencia histórica y cultural en una quimera que, desde sus propios inicios, descubría la monstruosidad de sus objetivos y métodos para alcanzarlos.

Nos apresuramos a desmentir la linealidad de los acontecimientos. En verdad, no toda la sociedad alemana acompañó en su ascenso a los nazis. Una enorme porción de la ciudadanía los repudió y enfrentó con todas las armas que dispusieron a su alcance. Derrotados y diezmados, estos sectores opositores dejaron de tener incidencia alguna en el posterior desarrollo de la vida política, social, cultural y económica del país, salvo para mantener, a riesgo de su integridad física, la llama de un humanismo y una esperanza en el porvenir que no dejó de latir aun en los momentos más aciagos.

Distinta fue la situación de los millones de alemanes comunes y corrientes que por diferentes motivos no vieron o no quisieron ver la aventura bárbara en la que activa o pasivamente se fueron implicando. La psicología social y de masas aportó importantes argumentos que contribuyeron a explicar lo que racionalmente es una empresa tan compleja como revulsiva. Las dimensiones en extensión y profundidad del Estado autoritario y represivo nazi hicieron el resto. Pero lo que en general es aplicable para la sociedad civil alemana no parece serlo, al menos mecánicamente, para algunas de las instituciones y de las corporaciones más representativas del país, como la Iglesia, las clases acomodadas y las fuerzas armadas locales que, a diferencia de los primeros, obtuvieron prebendas de todo tipo a costa de contradecir un sinnúmero de valores que históricamente las habían sostenido.

La capacidad política de Hitler para atomizar a la sociedad alemana y hacer uso y abuso de sus circunstanciales acuerdos con algunos sectores nacionalistas y conservadores fue absolutamente real. Esta capacidad, en numerosos estudios subestimada o simplificada a la implantación exclusiva de macabros planes de exterminio de sus enemigos, fue pacientemente hilvanada y constituye una prueba sin par de una inteligencia e intuición políticas que daban cuenta, ya en los tempranos años de la década del treinta, del tamaño y gravedad del peligro que emergía.

Hitler no obtuvo el poder por un golpe de Estado o mediante una silenciosa maniobra clandestina apoyada por unos pocos poderosos. Antes bien, su ascenso fue público, abierto y utilizando todos los recursos legales que le permitía su tan aborrecida República de Weimar. Triunfó, sobre todas las cosas, por la sustantividad de su proyecto político nacional para revertir la dramática situación social de Alemania, el mismo que no solo le permitió captar el apoyo de las principales esferas del poder político y económico, sino de amplias capas de la ciudadanía de la clase media y obrera que aprobaron las transformaciones que anunciaba.

La eficaz utilización de sus conocidos métodos terroríficos para con aquellos que no aceptaron violar los más elementales códigos democráticos que su política implicaba fue un complemento no menos real y efectivo, pero que de ningún modo puede divorciarse de la acción política legal ejercida. Y si bien es cierto que articuló, para destruir a la oposición de izquierdas, el incidente por demás sospechoso del incendio del Reichstag, en febrero de 1933, no debe perderse del análisis que los nazis contaban por entonces con un 44% de la aprobación de los votantes, siendo sin duda el partido político más importante de toda la nación.

En este marco esencialmente conflictivo, surgió en la Alemania de los años veinte y treinta una oposición antinazi en las más diferentes esferas sociales y en la que participaron hombres y mujeres de las más diversas profesiones, ideologías y credos religiosos. También alternaron organizaciones y métodos de lucha de los más variados: enfrentamientos callejeros, mitines, partidos políticos, células clandestinas, tramas de golpe de Estado e intentos de asesinato. Y si bien su actividad y eficacia fueron por lo menos dispares, en todos los casos estuvieron señalados por una profunda cuota de heroísmo y dramática fatalidad.

En términos de efectividad, las actividades de la oposición y la resistencia tuvieron resultados ambiguos. Desde el punto de vista de la salvaguarda de la vida de los perseguidos durante los aciagos años del totalitarismo nazi, fueron sin duda los mayores responsables de la supervivencia de

miles de personas, pero a la vez se mostraron incapaces de estructurar una salida política para el conjunto de la nación. Es cierto que semejante tarea no dependía exclusivamente de sus esfuerzos pero, en esa dirección, los que hicieron culminaron en la más completa frustración. En este sentido, el análisis de las características de la oposición y la resistencia antinazi merece nuestra especial atención como base de partida para profundizar la explicación de sus fallidos intentos. Para el caso, resultan especialmente interesantes las derrotas de la oposición organizada por los sectores de la izquierda alemana —particularmente del Partido Comunista y de la Social Democracia—, derrotas en las que tuvieron un rol protagonista la notable desunión de sus fuerzas y la subestimación fatal que hicieron de su más enconado enemigo. Algo similar sucedió con los intentos opositores surgidos dentro del propio gobierno y de las fuerzas armadas, cuya desarticulación organizativa y debilidad política resultaron inversamente proporcionales a las de la tiranía nazi.

El azar poco tuvo que ver con la subsistencia del régimen, aunque ciertamente ha tenido su lugar de privilegio en algunos intentos fallidos de asesinar al Führer. Pero de ningún modo ha sido el elemento decisivo, como figura con sugestiva reiteración en algunos trabajos que abarcan el tema. Antes bien, y como veremos, fueron las características inherentes a los grupos de oposición y resistencia las que les restaron capacidad operativa, amén de un más que dudoso futuro en el caso de haber conseguido desplazar del poder a Hitler por medios políticos o eliminándolo físicamente.

Se trata, pues, de reestablecer en su historicidad el desarrollo de la resistencia al nazismo, quitando de ella sus elementos puramente anecdóticos y estableciendo su valor en tanto que expresiones de movimientos sociales y políticos. Además, y aunque el planteamiento padece de cierta obviedad, resulta necesario subrayar que la oposición y la resistencia alemanas contra el nazismo han tenido como actores a hombres y mujeres de carne y hueso, cuyas vidas se vieron por completo transfiguradas por las acciones que llevaron adelante. Es también nuestra intención recuperar y difun-

dir para la memoria colectiva aquellos nombres y aquellas vidas que se comprometieron en alcanzar lo que para tantos parecía una quimera: terminar con la dictadura nazi o, en algunos casos, con Adolf Hitler, su máxima representación.

Unas pocas palabras más para situar el campo de análisis de la oposición y de la resistencia al nazismo. En primera instancia, es posible esquematizar la misma en tres etapas precisas: la primera, desde mediados de la década de 1920 hasta el incendio del Reichstag, el 27 de febrero de 1933, fecha que marcó el inicio del asalto definitivo de Hitler al poder absoluto en Alemania; una segunda etapa se extendió desde entonces hasta los albores de la Segunda Guerra Mundial, periodo marcado por la ilegalización de la actividad política, la institucionalización del Estado policial y la militarización y nazificación de todas las expresiones de la vida social y cultural del país; finalmente, una última etapa abarcó los años de confrontación bélica, cuando las principales líneas conspirativas concluyeron en la inevitabilidad de la eliminación física de Hitler.

En términos generales, la primera de estas etapas estuvo señalada por características políticas y organizativas radicalmente distintas de las que se desarrollaron con posterioridad. Por entonces, la oposición y la resistencia se basaron fundamentalmente en la acción política y de masas de la izquierda alemana, en el marco de una semi legalidad democrática y la expansión de métodos de enfrentamientos callejeros cada vez más intensos.

La participación ciudadana fue sumamente importante y reflejó una masividad en las calles directamente proporcional a lo reflejado en las urnas. Miles de personas asistían a las marchas y los mítines “rojos” y socialdemócratas; las publicaciones que animaban estas organizaciones superaron las dos centenas y el apoyo social de los trabajadores y desocupados fue masivo. Por otra parte, los enfrentamientos habían dejado muertos y heridos en ambos bandos y un cierto equilibrio de fuerzas se hizo patente en cada actividad. El aumento de las víctimas fatales entre los miembros de las bandas nazis es un claro indicativo no solo

de la virulencia cada vez mayor que cobraba cuerpo en las luchas callejeras, sino también de la fuerza que en los combates ejercía la izquierda. Así, en 1930, los camisas pardas contaron 17 muertos entre sus filas; al año siguiente, 43 y casi el doble en 1932.

Las cosas cambiaron radicalmente con la asunción de Hitler como el nuevo Führer y la ilegalización de las actividades de las organizaciones de izquierda. El equilibrio de fuerzas terminó fatalmente para los adversarios del nazismo, y el Estado autoritario no solo operó con sus propias fuerzas represivas, sino también con la incorporación "legal" de las proporcionadas por los propios nacionalsocialistas. La oposición y la resistencia cayeron entonces en la clandestinidad y se vieron limitadas gravemente ya sin la participación masiva de sus simpatizantes.

En la nueva coyuntura, la actividad se vio reducida al accionar de pequeños grupos, en general con una débil articulación cuando la hubo, y amenazados siempre de ser descubiertos e infiltrados. Pero a diferencia del periodo inmediatamente anterior, bajo la nueva situación surgieron otros actores, muchos de ellos opositores y resistentes impensados años atrás, sobre todo algunos sectores civiles, las congregaciones religiosas mayoritarias e integrantes de las propias fuerzas armadas y del funcionariado gubernamental.

Finalmente, en la tercera etapa, señalada por el desarrollo de la guerra y la más o menos seguridad de la inminente catástrofe que se cernía sobre Alemania, saltaron a la escena nuevos grupos opositores y de resistencia, especialmente dentro del nacionalismo conservador no nazi y los sectores liberales, a la vez que se consolidaron algunas expresiones de resistencia dentro del ejército, las iglesias y la sociedad civil. Fue este un periodo rico en composiciones de golpes de Estado e intentos de asesinato contra Hitler, elaborados por colectivos más o menos heterogéneos. En dicha etapa cobran especial interés las conspiraciones de los círculos políticos conservadores y militares, la mayoría comprometidos con los intentos de asesinato del Führer

perpetrados por el general Tresckow y el coronel general Stauffenberg, este último el 20 de julio de 1944.

Dentro de tal contexto general, merecen una consideración especial las expresiones de oposición y de resistencia invertebradas, la mayoría de ellas en el universo de la sociedad civil aunque no exclusivamente, y que se manifestaron a lo largo de las tres etapas mencionadas. Por lo común, todas ellas tuvieron una mera repercusión individual, familiar o en el seno de un grupo reducido de personas, sin que el sistema se hubiera conmovido un ápice por ellas.

En ese sentido, y a diferencia de las acciones de oposición y resistencia organizadas, bien podría considerárselas como expresiones caracterizadas por una cierta finitud. Preferimos esta definición a otras que las caracterizan como oposiciones y resistencias “pasivas”, toda vez que las mismas también implicaron un enfrentamiento directo con alguna institución nazificada, siendo en última instancia tan arriesgadas como las otras. Dentro de ellas pueden señalarse las protestas familiares contra la orientación educativa que el Estado nazi proporcionaba a sus hijos o a la incorporación forzada de los mismos a las Juventudes Hitlerianas u otras formaciones similares.

La sumisión ante la simbología nazi también provocó actitudes de resistencia personal, como negarse a realizar el saludo nazi, no cuadrarse con el brazo extendido frente a la bandera de la cruz gamada o no participar en las fiestas del partido, que incluían en su abultada agenda hasta el cumpleaños del Führer. Los feligreses de las iglesias cristianas y protestantes también tuvieron su participación en esta forma de oposición y resistencia oponiéndose a la nazificación de sus congregaciones, actitud que fue acompañada por centenares de prelados. De alguna manera, las iglesias de ciertos distritos se convirtieron en recintos de protesta que en no pocas oportunidades trascendieron los límites de la religión, y en donde los creyentes compartieron sus inquietudes sobre la situación política alemana asintiendo a las denuncias que desde el púlpito hacían los párrocos más comprometidos contra el fascismo. Ejemplo de ello fueron

las protestas públicas que en 1936 realizó la Iglesia Confesional contra el antisemitismo nazi, y el obispo católico de Berlín, Konrad Preysing, contra las reiteradas violaciones a los derechos humanos alentadas por la cúpula gubernamental.

Dentro del mundo laboral, las expresiones individuales de oposición y resistencia tuvieron diferentes manifestaciones. En las fábricas el sabotaje fue menor, sobre todo por las pésimas condiciones de seguridad en las que trabajaban los obreros, pero en varios establecimientos donde se producían armas fue un aporte valioso y arriesgado. Es harto conocido el relato que describe que en algunas bombas que no estallaron iban escritas consignas del tipo “Las armas que yo fabrico no causan muertes”.

Por otra parte, muchos trabajadores fabriles, de la administración estatal y del gobierno, renunciaron a sus trabajos por no aceptar una explotación multiplicada en nombre de las necesidades de la “Gran Alemania” o al verse comprometidos en actos y decisiones que aborrecían. Un caso emblemático lo constituyó la renuncia del alcalde de Leipzig, Karl Goerdeler, ante la intromisión del partido nazi al forzar el levantamiento del monumento dedicado a Mendelssohn en virtud de su origen judío. Por tratarse de una figura central de la administración y del gobierno, la de Goerdeler tuvo una mayor repercusión dentro de la sociedad, al menos de la de su ciudad, y seguramente motivó la reflexión de muchos de sus conciudadanos.

Posteriormente, Goerdeler evolucionó hacia formas de oposición y resistencia organizadas, formando uno de los principales grupos contra el nazismo. Tales expresiones también se dieron en el seno de las fuerzas armadas, en donde varios oficiales se negaron a efectivizar órdenes represivas que incluían la matanza de civiles, y hasta se dieron casos en que dichos oficiales salvaron de los fusilamientos masivos a poblaciones enteras. El comandante supremo de las fuerzas alemanas en Polonia, coronel general Blaskowitz, protestó airadamente contra lo que consideraba una mancha en el honor del ejército alemán. En un memorando di-

rigido al jefe del ejército, en febrero de 1940, señaló sin medias tintas que de nada contribuía el fusilamiento de “decenas de miles de judíos y polacos”; sus quejas despertaron la cólera del Führer que no concebía un avance de sus fuerzas con hombres que se atrevían a desafiar sus órdenes.

Las protestas de Blaskowitz no prosperaron más allá de lo que individualmente pudieron hacer algunos jefes militares, pero su destino indica qué les sucedía a aquellos que mostraban “pruritos morales” a la hora de actuar con decisión: fue relevado de su mando, no se le otorgó el bastón de mariscal de campo y pasó la guerra con la carga de constantes traslados de frentes.

En el frente oriental, por su parte, fueron numerosos los oficiales de alto rango y con mando directo de tropa que hicieron caso omiso a las leyes de aniquilamiento de los comisarios y funcionarios del Partido Comunista. Reacciones similares se dieron también en los territorios ocupados; de hecho, el general Von Choltitz se negó terminantemente a incendiar París como lo había ordenado el propio Führer. La desertión como protesta antibelicista también fue recurrente entre los soldados, algunos de los cuales terminaron incorporándose a grupos de partisanos, sobre todo en Francia, Italia y Checoslovaquia.

Si bien todas estas expresiones de oposición y resistencia de tipo individual tuvieron una eficacia exigua, en cuanto al daño que produjeron al Estado policial nazi, su persistencia animó y contagió a otros y a veces terminaron asociadas con actividades grupales. Tampoco son de desmerecer por lo que implicaron en aquellos que las llevaron adelante. En general, los hombres y las mujeres que las realizaron sufrieron padecimientos de todo tipo: denuncias, hostilidades verbales, aislamientos sociales, palizas en las calles y, por supuesto, prisión.

Muchos de ellos alimentaron la cifra de 12 000 alemanes que, entre 1933 y 1939, fueron enjuiciados por alta traición a la patria. Negarse a realizar el saludo nazi o protestar abiertamente desde un púlpito, por ejemplo, significó en numerosos casos la diferencia entre la libertad y el campo de

concentración y, en última instancia, entre la vida y la muerte. Como apunta Hershaw, en Alemania: “solo durante la guerra, momento en el cual el número de delitos punibles con la pena de muerte ascendió de tres a cuarenta, los tribunales civiles alemanes impusieron alrededor de 15 000 penas de muerte”.

La gran mayoría de los grupos de oposición y resistencia alemanas bajo el nazismo fueron descubiertos y disueltos por la Gestapo. Sus miembros sufrieron las peores consecuencias y, en general, padecieron la larga noche de la tortura hasta perderse en los campos de exterminio, donde murieron ahorcados, guillotizados o frente a un pelotón de fusilamiento. Muy pocos sobrevivieron. Las cifras hablan con una elocuencia estremecedora: entre 1933 y 1938 se realizaron innumerables juicios por razones políticas a unas 225 000 personas, y entre 1933 y 1945 más de tres millones de alemanes fueron enviados a los campos de concentración; de ellos, no menos de 800 000 por ser miembros de la oposición y resistencia contra el régimen.

Desde los maestros del espionaje de la Orquesta Roja hasta la voluntad solidaria de numerosos religiosos, desde los círculos de judíos y comunistas hasta las expresiones valerosas de la juventud de La Rosa Blanca, desde los solitarios magnicidas como Georg Elser hasta las conspiraciones de los políticos conservadores y los mandos militares, la oposición y la resistencia alemanas al nazismo fueron un hecho mucho más expandido de lo que comúnmente se cree. Si aportamos claridad en esa dirección, nos daremos por satisfechos.

Del *putsch* de Munich al poder

solo se puede gobernar un pueblo ofreciéndole un porvenir. Un jefe es un vendedor de esperanzas.

Napoleón Bonaparte

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, la fisonomía política de Alemania viró radicalmente al ritmo de cambios vertiginosos. En 1918, la tradicional dinastía Wittelsbasch sucumbió cuando en Munich el socialismo independiente —una porción minoritaria de la socialdemocracia— encabezó una revolución que estableció la República Bávara, dirigida por el ex periodista Kurt Eisner. En Berlín, la presión política de la socialdemocracia, apoyada por grandes sectores de la población, también puso un preciso término a la hegemonía de otra dinastía histórica, la de los Hohenzollern, impotente para constituir un gobierno que dirigiese los destinos nacionales en la posguerra.

En el marco de una derrota militar sin atenuantes y la mayor ruina económica, el otrora poderoso Imperio Alemán asistió al desmoronamiento definitivo de sus instituciones tradicionales, con la monarquía definitivamente incorporada al cortejo del pasado. El último acto de esta crisis sin precedentes lo representó Guillermo II quien, tras abdicar el 9 de noviembre, emprendió su exilio en Holanda donde falleció en 1941. Como bien señala Burleigh: “Las elites tradicionales de Alemania estaban asombradas por la rapidez de la derrota y del cambio, y verán la aparición de la República democrática con una hostilidad y una incom-

prensión notorias. Su mundo se había desplomado”. La República, encabezada por el socialdemócrata Friedrich Ebert emergió entonces entre ese mundo en ruinas.

El nuevo gobierno contó, en lo inmediato, con un consenso importante, proveniente especialmente de las masas trabajadoras y de la clase media arruinada, al que se le sumaron millones de soldados desmovilizados del frente de batalla y que dirigieron esperanzadoramente su mirada al nuevo poder. También prestaron su apoyo, aunque con otra intensidad y fuente de interés, los sectores más moderados de la burguesía liberal y de las fuerzas armadas que, aunque desmanteladas y en derrota, constituían aún un pilar fundamental en la estructura del Estado.

El apoyo de las clases subalternas y aun de la burguesía liberal se explicaba sin mayores dificultades por la línea de asistencia social, recomposición económica y paz que predicaba la socialdemocracia. Más complicada era la situación de los sectores conservadores y militares, representantes de las viejas glorias imperiales, que se sumaron, o por lo menos no pusieron reparos de peso, al nuevo gobierno.

¿Por qué los herederos de Bismarck, el “canciller de hierro”, se comprometían con los socialdemócratas a los que despreciaban por su verborrea popular? Bismarck mismo había marcado su norte al definir la política como “el arte de lo posible”. En la coyuntura crítica en la que se hallaba la nación alemana, y las perspectivas de una catástrofe política aún mayor por la influencia de la revolucionaria Unión Soviética, los sectores conservadores de la burguesía y las fuerzas armadas hallaron en la moderada socialdemocracia un aliado hasta hace poco impensable. Aunque no les agradara su fraseología socializante, en última instancia vieron en ella una posibilidad cierta de detener el peligro mayor que, alumbrando desde Oriente, amenazaba seriamente implantarse en Alemania.

Bajo el compromiso efectivo de la socialdemocracia de oponerse a la bolchevización del país, el gobierno precedido por Ebert obtuvo, pues, su guño inicial. Los sectores más moderados del movimiento obrero también prestaron



A pesar de ser reprimidas por el gobierno, marchas y protestas están a la orden del día. La presencia del Partido Comunista será determinante para el futuro político inmediato de Alemania.

su adhesión al nuevo gobierno, sobre todo a través de los sindicatos y asociaciones de trabajadores católicos, que se sumaron a los poderosos gremios con hegemonía socialdemócrata. Las promesas de obtener por primera vez un seguro social y sanitario para los trabajadores, sumadas a una diversificada batería de medidas para contener el paro y la inflación generalizados inclinaron, pues, la balanza hacia una actitud de moderada espera y respaldo.

Por otra parte, el acompañamiento que estos sectores hicieron del gobierno socialdemócrata resultó un eficaz parte aguas con los sindicatos controlados por los comunistas, preludiando un enfrentamiento que en breve se tornaría desembocado.

Los sectores más radicalizados de la sociedad, en cambio, presionaron para llevar adelante un cambio mayor. Para ellos no se trataba de la reformulación de las formas de gobierno que recompusieran el capitalismo alemán en crisis, sino de destruirlo definitivamente. Aunque su confianza en la democracia burguesa era nula, por lo pronto y como una estrategia de concentración de fuerzas, los “espartaquistas” —un sector de la socialdemocracia que operó independiente de aquella desde 1916— pugnaron por democratizar el nuevo parlamento con la inclusión de los

Consejos de Obreros y Soldados que por entonces se multiplicaron por todo el país.

Conformados en 1917 como Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), sus proclamas erizaban el espíritu de los socialdemócratas y sus ocasionales aliados. “Ha pasado la hora de los manifiestos vacíos”, –agitaban– “de las resoluciones platónicas y las palabras tonantes. Para la Internacional ha sonado la hora de la acción.”

Las convulsiones sociales fueron en aumento a lo largo de 1918 y las marchas y concentraciones callejeras constituyeron un espectáculo corriente; hacia la Navidad de ese año los disturbios sociales se multiplicaron aún más. Por entonces, una airada protesta de los marineros fue acompañada con la toma de rehenes de varios dirigentes socialdemócratas, acción que fue consentida por el mismo jefe de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, hombre de conocidas simpatías radicales.

La reacción del gobierno fue inmediata. De alguna manera, se trataba de una prueba de fuego en la que creía jugarse la confianza de sus aliados políticos. Decidido a escarmentar a los revoltosos, destituyó a Eichhorn, medida que poco le sirvió para desactivar el creciente malestar social y la agitación “roja” que había alcanzado su punto culminante.

El primero de enero de 1919, fusionados con otros sectores radicales, los “espartaquistas” del USPD fundaron el Partido Comunista de Alemania (KPD), cuya presencia militante y agitadora no tardará en protagonizar uno de los episodios más importantes del periodo, que marcaría a sangre y fuego el futuro político inmediato de la nación. Por entonces, el gobierno había convocado a una Asamblea Constituyente para consagrar las bases de la nueva República. Los comunistas agitaron de inmediato en su contra, denunciándola como una artimaña para consolidar el Estado burgués en crisis.

“La victoria de la clase trabajadora solo puede alcanzarse por la revolución de los obreros armados” –proclamaba el nuevo KPD– “Los comunistas somos la vanguardia.

En la ciudad alemana de Weimar se reunió la Asamblea Constituyente que sentó las bases para la República: un gobierno democrático y federal.



Esa revolución tiene que llegar porque la burguesía se dispone a defenderse y el proletariado tiene que elegir entre su esclavización por la burguesía y su dominación sobre la clase capitalista.”

La llamada del KPD fue respondida por numerosos grupos de obreros que salieron a las calles. Gustav Noske, ministro de Defensa, movilizará entonces al ejército y a los Freikorps, una suerte de grupos de choque que contaban con el apoyo del ejército regular y el gobierno, para reprimir la revolución en ciernes.

El resultado fue un enero mortuorio, en el que la República ahogó a los revolucionarios en un baño de sangre. Los combates se prolongaron durante varios días, aunque su intensidad pronto fue controlada. En las calles de Berlín se luchó por la toma de edificios y el control de zonas y distritos, pero la superioridad de las fuerzas gubernamentales y la falta de adhesión generalizada de las masas a la revuelta condenó el intento comunista a un fracaso completo.

Las principales figuras de la fallida revolución, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, fueron asesinadas por los Freikorps el 15 de enero, a la vez que se allanaron y destruyeron los centros en los que se aglutinaban sus militantes, deteniendo y asesinando a cientos de ellos.

Neutralizada la revuelta roja, el gobierno revitalizará sus alianzas iniciales. La decisión demostrada al aplastar la agitación bolchevique le había otorgado, al menos por el momento, un renovado voto de confianza de la burguesía y los mandos militares. Contando con ese apoyo, creyó conveniente continuar con su proyecto de dotar a la naciente República de una Constitución que legitimara la nueva forma de gobierno.

Cuando aún no se habían apagado los ecos de la represión contra los comunistas, a mediados de enero de 1919 se reunió en Weimar, Turingia, la Asamblea Nacional para establecer una Constitución republicana. La base era el establecimiento de un gobierno democrático y federal, sostenido por una figura presidencial que debía durar en su mandato siete años, y un cuerpo parlamentario renovable cada cuatro. Con la mayoría asegurada, el 11 de febrero los socialdemócratas impusieron la elección como presidente de su candidato, Ebert, para dirigir un gobierno de coalición junto al Partido Católico del Centro y el liberal Partido Democrático Alemán. La República adoptó también una nueva bandera, la roja, negra y oro, en contraposición con la imperial negra, blanca y roja. De alguna manera, era la inhumación simbólica del viejo poder.

Reestablecido el “orden” político interno, los socialdemócratas dirigirán su política a reestructurar la economía alemana, implementando la reincorporación de los más de seis millones de soldados desmovilizados al aparato productivo. Además de fuentes de trabajo, crearon el prometido sistema de seguridad social y se empeñaron en atender a las víctimas de la guerra. La desocupación descendió abruptamente y la producción y el consumo renacieron proporcionalmente. De esta manera, y hasta la gran inflación de 1923, Alemania se recuperó a pasos acelerados.

Sin embargo, una gran nube se cernía sobre el país en marcha.

Los aliados que habían vencido a Alemania en la Gran Guerra comenzaron a definir los términos de la paz en Europa, con consecuencias funestas para los vencidos.

En principio, según los dictámenes del Tratado de Versalles, Alemania perdía todas sus colonias ultramarinas y los territorios reclamados por sus vecinos, incluida Alsacia-Lorena que volvían a ser parte de Francia, al igual que los fronterizos Eupen, Malmédy y Moresnet.

También la región de Sarre quedó fuera de sus nuevos límites, tanto como Shleswig septentrional y Memel, los que pasaron respectivamente a jurisdicción dinamarquesa y lituana. El nuevo mapa configurado tras la derrota determinó la ocupación militar de Renania por tropas inglesas, francesas y norteamericanas, y la creación del nuevo estado polaco significó la pérdida de Osen, un importante sector de la Prusia Occidental y la totalidad de la Alta Silesia. Danzig, finalmente, pasó a categoría de “ciudad libre”, bajo administración de la recientemente creada Sociedad de las Naciones.

En su conjunto, los territorios perdidos por los alemanes sumaban un poco más del 13% del viejo imperio, el 14% de las áreas cultivables y una décima parte de la población. Además, se le vedaba a Alemania todo tipo de unión con Austria y se establecían fuertes sumas de dinero en carácter de indemnización que debían pagarse a los vencedores, especialmente a Francia y a Bélgica.

Como parte de ellas, la coalición triunfante requisó, según los datos recogidos por Richard Evans, “más de dos millones de toneladas de barcos mercantes, 5 000 locomotoras ferroviarias y 136 000 vagones, 24 millones de toneladas de carbón y muchas cosas más”.

Las condiciones de paz establecían, a la vez, una cuidadosa vigilancia sobre la reestructuración de las fuerzas armadas alemanas –la nueva “Reichwebr”– no pudiendo las mismas superar los 100 000 efectivos y unos pocos miles de oficiales. De hecho, el otrora poderoso ejército alemán se vio rápidamente reducido a una fuerza muy menor: de los 800 000 hombres con que contaba en 1919 se redujo a 100 000 en 1921; la oficialidad, por su parte, quedó conformada con 4 000 efectivos, de los 34 000 que tenía dos años atrás.

Quedaba taxativamente establecido, además, la prohibición de mantener dotaciones blindadas y de artillería pesada, el servicio militar obligatorio, y una marina y aviación de guerra, exigencias todas que obligaron a la destrucción de seis millones de fusiles, 130 000 ametralladoras y alrededor de 15 000 aviones.

Esta imposición, sumada a las anteriores, supuso para amplios sectores de la sociedad un flagrante atentado contra la soberanía nacional. La censura e indignación ante la dimensión de las condiciones de los Aliados constituyeron, de alguna manera, el primer síntoma de un reacomodamiento ideológico que derivaría en impensables consecuencias.

En otros términos, el Tratado de Versalles fue visto por la sociedad alemana como un gran grillete que encadenaba a la nación, sometiénola a los vencedores de por vida. El viejo apotema de Karl von Clausewitz: “la guerra es la continuación de la política por otros medios” seguía vigente, pero con un sutil cambio de actores. Si los cañones habían dejado de hablar, ahora lo hacían los políticos y sus administradores.

El 28 de junio de 1919, el gobierno alemán aceptó y firmó el Tratado de Versalles. Es cierto que a regañadientes y con reparos, pero lo firmó.

Para las fuerzas nacionalistas alemanes constituyó un acto de traición a la patria que ya no olvidarían; otros sectores no difirieron demasiado en la evaluación. Incluso la Iglesia protestante, por ejemplo, consagró la fecha como día de duelo nacional. Para la coalición aliada, en cambio, constituyó un triunfo político ejemplar, al menos en lo inmediato.

Sin embargo, el disciplinamiento del gobierno socialdemócrata no constituía, necesariamente, el de toda la sociedad alemana. Por el contrario, el Tratado de Versalles resultó una curiosa fuerza aglutinante alrededor de un nacionalismo de nuevo tipo, que no tardó en visualizar las instituciones democráticas como las responsables principales de un presente vergonzoso de explotación extranjera sobre Alemania. Responsabilidad que pesaría en el reacomodamiento político e

ideológico de las masas y sus dirigencias en un plazo muy breve.

En definitiva, la idea de que las penurias del país se prolongaban por lo concebido en Versalles y rubricado por la República se extendió a amplios sectores sociales. La agitación nacionalista contra el tratado no tardó en ganar las calles y la prensa. En su prédica, era inconcebible que un alemán que amara a su nación aceptara pasivamente la entrega realizada por el gobierno.

A pesar de que el país se reactivaba lentamente pero sin pausa, la firma del Tratado de Versalles constituyó, en el imaginario social colectivo, una herida muy profunda en la respetabilidad y efectividad de las instituciones democráticas. En este sentido, es sintomático lo expresado por el responsable del nuevo ejército alemán, el general Hans von Seeckt, quien por entonces calificó al parlamento como “el cáncer de nuestra época”.

Seeckt era un claro representante de las tradiciones imperiales; anticomunista acérrimo, había rechazado también el establecimiento de la República desde un primer momento. Conocedor de la debilidad del ejército para torcer el camino democrático emergente, dirigió la fuerza con un estricto sentido de neutralidad política respecto de la República, pero firme y determinado para enfrentar a los enemigos “rojos”. Su neutralidad, pues, no era tal, y velaba sus armas bajo el amparo del desprestigio republicano.

El primer peldaño de la escalada de esta derecha se dio en marzo de 1920, durante el *putsch* de Wolfgang Kapp, jefe del ultramontano Partido de la Patria. La revuelta de Kapp, cuyo propósito era la instauración de un régimen autoritario de corte monárquico, contó con el apoyo de algunos prominentes militares, siempre más dispuestos a empuñar las armas contra los comunistas que contra los nacionalistas de derecha, a los que se les sumaron algunos hombres del Freikorps y otros tantos monárquicos nostálgicos.

El gobierno intentó neutralizar el movimiento restaurador con la acción del ejército, pero la negativa de los altos

mandos a reprimirlo solo le sirvió para profundizar aún más la crisis. La socialdemocracia desbarató la intentona mediante la convocatoria a una huelga general en defensa de las instituciones, pero no pudo evitar la divulgación del malestar de ciertos sectores políticos y de la sociedad que se manifestaron a favor de una salida antidemocrática. El ejército, por el momento, se mantuvo expectante y con una dudosa neutralidad, pero muchos de sus cuadros vieron con indisimulada simpatía el movimiento contra la República.

Aún debilitado y en plena reorganización, el Reichswehr se conservó pasivamente del lado de la legalidad constitucional. Seguía viendo como el gran enemigo a la amenaza roja, no así, en cambio, las piruetas políticas de la reacción derechista.

De qué lado latía el corazón de las fuerzas armadas quedó cristalinamente demostrado cuando en la primavera de ese mismo año estalló un nuevo brote insurgente de inspiración comunista en la región industrial del Ruhr, como respuesta al intento derechista de Kapp. Unidades de los Freikorps, apoyadas militarmente por el ejército regular y políticamente por el sector gobernante de la socialdemocracia, combatieron a los izquierdistas hasta su aniquilamiento en lo que constituyó, según Evans, “una guerra civil regional” con un saldo de por lo menos mil soldados “rojos” muertos.

La crisis política gestada por el Tratado de Versalles generó una sensible pérdida del apoyo popular al gobierno. Los socialdemócratas perdieron la mitad de sus plazas parlamentarias iniciales, y los liberales siguieron la misma suerte aunque no tan ostensiblemente. La protesta social, por su parte, seguirá en aumento, salpicada de continuo por asesinatos perpetrados por bandas de derecha y conflictos sindicales fogueados por los comunistas, quienes vieron convertirse su partido en una organización de masas.

Cuando en abril de 1921 los vencedores de la guerra reclamaron el pago de las indemnizaciones, el panorama político alemán se oscureció por completo. Ante dos in-

cumplimientos de pago seguidos, los franceses dejaron las altisonantes advertencias de lado para pasar a la acción. Despreocupados por la incapacidad bélica alemana, en los inicios de 1923 ocuparon militarmente la estratégica región del Ruhr, con una dotación de 70 000 hombres. Era un acto hostil y claramente destinado a preservar los intereses económicos galos, aunque estos se encargaron de disfrazar la ofensiva con la absurda justificación de atender la seguridad de trabajadores franceses que debían revisar el tendido de postes telegráficos en la región. La excusa sonó como una provocación y agitó aún más los caldeados ánimos.

La resistencia organizada por la población local apenas si alcanzó características militares y se limitó a unas escasas acciones de sabotaje aislado y, en verdad, muy poco peligrosas para los invasores. De todos modos, eso no fue impedimento para que los franceses iniciaran una sucesión de arrestos masivos que incluyeron numerosas ejecuciones sumarias, las que, como era de preverse, dispararon una generalizada indignación en todo el país.

Para colmo de males, la pérdida administrativa del Ruhr aumentó considerablemente los problemas económicos del gobierno, que desde entonces dispuso de menos ingresos para hacer frente a su plan de seguridad y paz social en el plano interno. El paro obrero comenzó nuevamente a amenazar al país, y en muy poco tiempo trepó a un índice del 23%. También cayó la recaudación fiscal, la producción industrial y el movimiento comercial, a la vez que un creciente proceso inflacionario golpeó aún más la frágil economía de la mayoría de la población.

La ocupación del Ruhr, la actitud criminal de la soldadesca gala y el agravamiento de la crisis económica resultaron, de alguna manera, funcionales a la prédica nacionalista extrema. Según su mirada, la República no solo había acordado la partición del Imperio Alemán y su definitiva hipoteca, sino también era impotente frente a la invasión gala. Para muchos alemanes, la situación volvía al caos anterior, y la derecha animaba esa visión.

La política de resistencia pasiva y los reclamos formales del gobierno alemán por la ocupación francesa se abandonaron en 1923, quedando asociada la República a un nuevo renunciamiento de la soberanía nacional. La idea de una democracia traidora a Alemania se asentó definitivamente en los sectores de la derecha local y se fue extendiendo peligrosamente hacia otros sectores políticos.

Hacia octubre de 1923, la crisis política tomó un nuevo impulso, cuando los comunistas ingresaron en los gobiernos de coalición en Sajonia y Turingia, donde no tardaron en formarse “centurias proletarias”, grupos armados de radicales que animaban la posibilidad de una nueva oleada revolucionaria. Las expectativas concretas de una revolución roja y una guerra civil, supuestamente mejor preparadas tras la experiencia de enero de 1919 y la del año siguiente en el Ruhr, volvieron a inquietar a las clases dominantes y al ejército.

Los comunistas, por su parte, equivocaron una vez más los tiempos y las fuerzas propias y propiciaron un apresurado levantamiento en Hamburgo con la expectativa de que el mismo dispararía una revuelta nacional. Centenares de comunistas se lanzaron a las calles el 22 de octubre sitiando comisarías y edificios públicos, pero la revuelta no tardó en limitarse a unos pocos barrios de la ciudad. El gobierno nacional reaccionó con los mismos reflejos que supo exhibir en 1919 contra los “espartaquistas” y reprimió con dureza el intento revolucionario —mal organizado y peor armado aun— hasta su aplastamiento total. El Reichwehr abandonó otra vez su supuesta postura no intervencionista en los asuntos internos y dispuso de su potencial de fuego para aplastar la insurrección en curso. Quedaba claro, nuevamente, contra quienes estaba dispuesto a empuñar las armas. Mientras los comunistas pagaban caro sus equívocos pronósticos políticos, la derecha festejaba la oportunidad que se le abría para intervenir contra el gobierno central.

Por entonces, la sociedad alemana estaba cruzada por numerosas organizaciones armadas de los más opuestos signos, lo que imprimía una característica esencialmente vio-



En un acto de clara provocación, los franceses movilizaron una dotación de 70.000 hombres a la preciada región del Ruhr.

lenta a las prácticas políticas. Además de la “Liga de Combatientes del Frente Rojo” del KPD, de las fuerzas armadas regulares organizadas por la socialdemocracia y de los Freikorps, pululaban diversas bandas animadas por organizaciones nacionalistas y de derecha como los “Cascos de Acero” y la “Organización Cónsul”. Los enfrentamientos eran comunes y constituyeron un dato de la realidad política que mantuvo en estado de intensa crispación al conjunto de los factores de poder y a la civilidad toda. En este contexto, un sector de la derecha nacionalista que aún no había participado en los primeros planos de la política nacional creyó llegado el momento para organizar una marcha sobre Berlín utilizando sus bastiones en Baviera. Partícipe central de la misma será un ex cabo del ejército bávaro, Adolf Hitler, cuyo protagonismo desde entonces ya no se detendría.

RETRATO DEL LOBO

Hitler era hasta entonces una figura casi desconocida. Había nacido en 1889 y, tras pasar su niñez sin mayores problemas en Linz, en 1907 se trasladó a Viena, donde pre-

tendió fallidamente realizar sus sueños de artista en la Academia de Bellas Artes, de la que fue rechazado en dos oportunidades. Mientras tanto, subsistía ociosamente con el dinero que le enviaba su familia. Agotadas sus finanzas, vivió durante varios años en una residencia barata para hombres, mientras alternaba su concurrencia a la ópera donde se extasiaba con las óperas de Richard Wagner.

Por entonces ya había recibido en Linz una importante influencia nacionalista de las ideas de Georg Ritter von Schönerer, especialmente aquellas referidas a la unión del viejo Imperio con las zonas de habla alemana de Austria. En Viena sumó a su pensamiento político la impronta antisemita de su alcalde, Karl Lueger, cuya verborrea racista lo deslumbró.

Hacia 1913, y tras recibir en herencia una pequeña cantidad de dinero, partió hacia Munich, donde continuó su vida un tanto bohemia, conversando en bares y ofreciendo a la venta algunas pinturas suyas que le permitieron mantenerse mejor. Cuando a principios de agosto de 1914 se declaró la guerra, no tardó en enrolarse como voluntario en el ejército bávaro, y como miembro de aquél partió casi de inmediato al frente occidental.

La Gran Guerra lo halló oficiando como correo, y recibió además de su ascenso a cabo dos medallas al valor. Tenía entonces 25 años y había sorprendido a varios de sus jefes por sus dotes oratorias, un recurso que lo catapultaría a los primeros planos de la política en muy poco tiempo más. Enviado a la Pomerania para recuperarse de una ceguera episódica por la acción de gases tóxicos, lo sorprendió la rendición de Alemania.

Tras la desmovilización de la posguerra, el joven Hitler fue incluido en cursos políticos del ejército donde se instruía a favor del pensamiento de derecha. Entre los docentes se hallaban notables conservadores de Munich, como Karl Alexander von Müller y el economista antisemita Gottfried Feder. Por entonces, el futuro Führer esbozaba un antijudaísmo “legal” más que de “exterminio”.

Evans cita una carta que Hitler dirigió, con fecha 16 de septiembre de 1919, a Adolf Gemlich, en la que rechazaba el “antisemitismo apoyado en bases puramente emotivas”, a favor de un “antisemitismo de la razón”, cuyo rol debía ser “combatir y eliminar los privilegios de los judíos de una forma planificada y a través de las leyes”; y concluía: “Su objetivo final debe ser inquebrantablemente la extirpación completa de los propios judíos”.

Sin duda debió exhibir una sólida formación ante sus superiores, ya que posteriormente fue asignado para vigilar las actividades del Partido Alemán de los Trabajadores, fundado en enero de 1919, con la intención de obtener la información necesaria acerca de sus actividades e ideología, con la indisimulada intención de conocer hasta dónde se podía contar con dicha organización en una futura contraofensiva antirrepublicana.

La organización del caso no presentaba características novedosas y se encuadraba en la lógica de los pequeños círculos del nacionalismo vernáculo. Por un lado, se distanciaba de los nacionalistas conservadores por su insensibilidad social; por otro, rechazaba a los izquierdistas por su sello internacionalista, el que entendían, con auténtico celo patriótico, como una verdadera plaga.

En febrero de 1920, el partido cambió de nombre por el de Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP) y a fines de ese mismo año contaba con unos dos mil afiliados y limitados contactos más allá de Munich. Orador por excelencia, Hitler pronto alcanzó un sitial de privilegio y gran protagonismo en la dirección del NSDAP, hasta que alcanzó la presidencia del mismo, siempre siguiendo las órdenes que le impartían sus superiores del ejército.

Desde entonces, y tras abandonar la carrera de las armas, se dedicó de lleno a la política agitativa, donde halló un lugar donde expresar su visión de las cosas. Por entonces casi no había organización política que se preciara de tal que no contase con una fuerza de choque propia. El ejercicio de la política local estaba marcado por los enfrentamientos ca-

llejeros, sitio de privilegio en donde se dirimían las posturas más opuestas.

Con esa premisa, dos años después, Hitler creó la Sturm Abteilung (SA), primera y principal fuerza parapolicial del partido nazi, conformada esencialmente por ex miembros de los Freikorps. Mantenido gracias al aporte de dinero de los trabajadores y campesinos alemanes a través de sus permanentes recaudaciones, fue también la primera en encargarse de la formación de los miembros del partido menores de 17 años, a la vez que participó activamente en la organización y realización de violentas persecuciones antisemitas.

Dirigida por Ernst Röhm, la SA era, pues, el ala paramilitar del partido, ala que en virtud de sus características gangsteriles y las apetencias de un mayor protagonismo de Röhm cobró una independencia cierta de sus dirigentes políticos partidarios. Ya en 1926 el propio Hitler intentó ponerle freno a tal independencia, reemplazando a su jefe por Franz Félix Pfeffer von Salomón. La promoción de este último tuvo, pues, un objetivo inequívoco: direccionar la formación hacia una completa subordinación a las directivas y necesidades partidarias, especialmente como columna propagandística.

De todos modos, Hitler confiaba en el accionar de la SA para garantizarle una de sus principales obsesiones: conquistar la presencia callejera de los nazis disputando y arrebatándole dicho rol a las escuadras comunistas.

Según las directivas del propio Hitler a Von Salomón: “Tenemos que enseñar al marxismo que el futuro dueño de las calles es el nacionalsocialismo, lo mismo que será un día dueño del Estado”.

Desde entonces, los mítines nazis gozaron del espectáculo desembozado del matonaje de la SA, amedrentando a todos aquellos que no comulgaran con los nacionalsocialistas.

Los miembros de la SA eran mayoritariamente muchachos desclasados, sin empleo fijo o subempleados como aprendices y peones, coordinados por hombres experimen-

tados en las peleas callejeras y con un discurso autoritario que les ordenaba pintar esvásticas en las calles y pegarse a golpes de puños con los izquierdistas.

Más tarde comenzaron a identificarse por las camisas pardas que usaban, fruto de la donación de una gran remesa de prendas utilizadas anteriormente por las tropas coloniales. Pronto aparecieron nuevos patrocinadores que completaron el uniforme con un cinturón hebillado, que los de la SA utilizaron para amedrentar y golpear, y brazaletes con la esvástica nazi. La aparición de los camisas pardas no podía sorprender a muchos. Distintas bandas de ex combatientes, también con uniformes y distintivos propios, solían atravesar los monótonos paisajes rurales o los ámbitos ciudadanos, salpicados de mítines de todo tipo.

Sin embargo, los nazis irán incorporando paulatinamente elementos de atracción que congregarán al público: desfile de antorchas, banderas y bandas de música al son de himnos marciales:

Arriba, gente de Hitler, cerrad filas
dispuestos para la lucha racial definitiva;
queremos consagrar con sangre la bandera
como signo de nuestra era,
brilla nuestra esvástica negra
sobre fondo rojo en un campo blanco.

¡Suenan ya las trompetas de la victoria,
pronto irrumpirá el alba luminosa,
el futuro de Alemania será el nacionalsocialismo!

De esta manera, los trazos de una cultura propia de la propaganda y de la violencia se fueron prefigurando.

Para 1923, incorporados ya los métodos callejeros violentos de la SA, el partido contaba con más de 50 000 afiliados. Su desarrollo, pues, se presentaba auspicioso para la realización de acciones de mayor osadía. La oportunidad no tardó en presentarse.

Ese mismo año, el 8 de noviembre, mientras Gustav von Kahr, máximo representante de la política bávara, pro-



Hitler y Röhm presiden un desfile de la SA, primera y principal fuerza parapolicial del partido. Una relación de necesidad hasta que devino en conflicto de intereses.

nunciaba un discurso en el Bürgerbräukeller de Munich, Hitler interrumpió el acto a punta de pistola para anunciar el inicio de la revolución nacionalista.

Al día siguiente, Hitler y Ludendorff encabezaron la marcha de unos dos mil derechistas por el centro de Munich con el propósito de iniciar un avance sobre Berlín con la indisimulada idea de tomar el poder. La iniciativa de reeditar una suerte de “Marcha sobre Roma” a la manera de Mussolini y los fascistas italianos en 1922, terminó, sin embargo, en un ruidoso fracaso cuando tropas del ejército leales al gobierno y de la policía se organizaron para enfrentarlos y reprimirlos. Lo que siguió luego fue una escaramuza que culminó tras un breve tiroteo.

De todos modos, el episodio no pasó inadvertido para los principales actores políticos y sociales de Alemania y sería fundador de una derecha extrema que no tardaría en llegar al poder. Por lo pronto, ya había dado las primeras 14 víctimas de lo que los nacionalsocialistas definirían como una nueva “gesta nacional”, y un líder mesiánico capaz de conducir a multitudes bajo su égida.

Repuesto de las leves heridas recibidas en la refriega, Hitler fue juzgado y condenado a cinco años de prisión, aunque saldría en libertad el 23 de diciembre del año siguiente.

Convertido en un héroe nacionalista, supo aprovechar su estadía carcelaria para escribir lo que sería la Biblia de su movimiento: *Mein Kampf*, una suerte de relato autobiográfico donde dio rienda suelta a sus teorías racistas, antijudías y anticomunistas que buena parte de los alemanes y su dirigencia hicieron propias: “La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la naturaleza” —escribió a manera de sentencia— “y reemplaza el eterno privilegio del poder y la fuerza por la masa numérica y su peso muerto. Niega así el valor de la personalidad del hombre, rechaza la significación de la nacionalidad y de la raza” —concluyó— “privando así a la humanidad de la premisa de su existencia y su cultura”.

Franz Eher Nachf. G. m. b. H.

Deutschvölkische Verlagsbuchhandlung

Telefon 20 0 47 • München • Thierschstraße 18

Postfach-Konto: Nr. 11348 München

Bank-Konto: Deutsche Girobank A. G.
München



Kommissionär:

Herr Robert Hoffmann, Leipzig

**4½ Jahre Kampf
gegen Lüge, Dummheit und Feigheit**
Eine Abrechnung von Adolf Hitler



Leitpruch

„Sie müssen sich gegenseitig wieder achten lernen, der Arbeiter der Säge den Arbeiter der Säge und umgekehrt. Keiner von beiden besteht ohne den anderen. Aus ihnen heraus muß sich ein neuer Mensch kristallisieren: Der Mensch des kommenden Deutschen Reiches!“

Adolf Hitler.

El antecedente. Adolf Hitler vertió sus teorías racistas, antisemitas y anticomunistas en un relato autobiográfico conocido como *Mein Kampf* (*Mi lucha*).

Y si para Hitler “el problema judío” constituyó la primera y más decisiva causa “del hundimiento alemán” de la preguerra, su persistencia constituyó, de cara al futuro, el principal objetivo a resolver.

Tal será el eje que enfáticamente señalará en un segundo tomo, publicado tras su liberación: “El planteamiento que se hacen los judíos es evidente. La bolchevización de Alemania, es decir, la destrucción radical de la conciencia nacional popular alemana, que haga posible la explotación de la fuerza productora alemana sometida al yugo de las finanzas judío internacional, no es sino el prelude de la extensión siempre creciente que culminará en la conquista del mundo entero soñada por los judíos” –y concluirá fatalmente– “Si nuestro pueblo y nuestro Estado llegaron a ser las víctimas de estos tiranos de pueblos que son los judíos, sedientos de sangre y ávidos de dinero, toda la tierra quedará aprisionada en los tentáculos de estas hidras; pero si Alemania escapa a su presa, podremos considerar que el mayor peligro que jamás hayan conocido todos los pueblos del orbe no amenazará ya al mundo entero”. El sendero, pues, quedaba machacadamente marcado.

El proyecto hitleriano fundía en una misma fórmula las aspiraciones de un socialismo nacional en función de las necesidades del propio Estado. No se trataba de la liberación del yugo capitalista para la realización plena de los individuos, sino del sacrificio de todos los individuos para el engrandecimiento de la Nación Aria, representación final de un espíritu superior.

Su discurso místico y apocalíptico auguraba orden y autoridad en el marco de un saneamiento de los elementos deleznable que convirtieron a Alemania en un país pobre, problematizado y sojuzgado por las potencias extranjeras.

En su ideario, judíos, comunistas y miembros de otras minorías debían ser expulsados de los puntos clave de la política, la economía y la cultura, permitiendo de esta manera la restauración de los valores germanos tradicionales. “La vida del pueblo debe ser liberada del asfixiante perfume de nuestro moderno erotismo” –escribió– “lo mismo que de la afe-

minada y gazmoña tendencia a no afrontar la realidad. En todas estas cosas, los fines y los métodos deben estar gobernados por el pensamiento que procura preservar nuestra salud nacional, así del cuerpo como del alma. Los derechos inherentes a la libertad individual deben subordinarse al deber de defender la raza.”

Mientras Hitler repartía las sentencias capitales del nacionalsocialismo, en 1925 murió el presidente Ebert, a quien sucedió el mariscal de campo Paul von Hindenburg, representante de las fuerzas armadas y los grandes terratenientes.

Figura de la vieja bonanza imperial, el nuevo presidente era un emblema del prusianismo, y como tal no tardó en alistar tras de sí a un diverso conjunto de organizaciones de derecha y nacionalistas que volvieron a tener un sitio de privilegio en las cercanías del poder.

De hecho, el nacionalismo volvía a conformar una ideología en pleno ascenso, lo que quedaba demostrado en la práctica concreta con la recomposición paulatina de su presencia en el parlamento dominado por la socialdemocracia. Así, de las 44 plazas que obtuvieron en 1919, habían pasado a tener 95 en mayo de 1924 y 103 en diciembre del mismo año. “Esto lo convertía en el partido que contaba con mayor apoyo después de los socialdemócratas” —apunta Evans— “En las dos elecciones de 1924 consiguieron alrededor del 20% de los votos” —y concluye— “Uno de cada cinco ciudadanos que depositaron su papeleta en estas elecciones votó, pues, a un partido que había proclamado claramente desde el principio que consideraba absolutamente ilegítima la República de Weimar y pedía una restauración del Reich bismarckiano y el regreso del káiser.”

Por otra parte, existían otras organizaciones que si bien no compartían los mismos presupuestos que los nacionalistas eran igualmente opositoras a la República, como el Partido del Pueblo, que durante todo el periodo de la década de 1920 fluctuó con una representación propia en el Reichstag de 45 a 50 plazas. Es cierto que esta derecha ahora se hallaba como un soporte de la República, sin embargo

no dudará en volver a conspirar contra las nuevas instituciones. Por lo pronto, la inestabilidad de la democracia parlamentaria se profundizaba a pasos agigantados.

Cuando Hitler recuperó su libertad, de su partido quedaba poco y nada. Con su máximo jefe encarcelado, la organización proscrita y las bandas paramilitares que lo apoyaban desarmadas y desarticuladas, pareciera que el único destino que le quedaba era la desaparición del escenario político.

Sin embargo las cosas serán muy distintas. Hitler reorganizó el partido bajo su exclusiva conducción, reconstituyó a los camisas pardas y se deshizo, con singular rapidez, de todos aquellos seguidores que podían interferir en sus planes políticos, incluyendo a algunas bandas menores sobre las que no tenía un completo control. Paulatinamente, fue atrayendo para sus ideas y organización a los numerosos grupos ultra nacionalistas que pululaban en todo el país, disciplinándolos bajo su jefatura.

Ya con Göering y Goebbels como lugartenientes, Hitler encabezó una organización más centralizada y efectiva, generando una inmensa batería publicitaria entre los trabajadores urbanos, en donde competían en inferioridad de condiciones con comunistas y socialdemócratas, y en las zonas rurales, donde la agudización de la crisis económica le permitió un crecimiento mayor que en cualquier otro frente. El partido muy pronto se multiplicó, llegando a tener en sus filas alrededor de 150.000 miembros a mediados de 1929.

También comenzaron a tener éxitos en las elecciones estatales y comunales, donde sus representantes lograron numerosas plazas. Su estrella, lejos de apagarse, lucía mejor que nunca. De todos modos era insuficiente para sus proyectos hegemónicos, y parte de su inteligencia e intuición política fue reconocer los límites alcanzados.

En 1929, año de la gran depresión, la situación económica de Alemania se agravó en profundidad y extensión. El descenso de la producción alcanzó niveles desconocidos en tiempo récord, pasando de 1,6 millón de obreros para-

dos en octubre de 1919 a 6,12 millones en febrero de 1932, con una tasa de desempleo del 33%. Los recortes presupuestarios del Estado llegaron a todas las esferas de la administración que devino en una disminución salarial cercana al 25%.

Los sectores de la clase media empleados en labores de “cuello blanco” trastabillaron con fuerza y la pérdida del empleo o la posibilidad cierta de quedarse sin él los arrasó. La crisis financiera dejó en la calle a miles de oficinistas, pequeños funcionarios y empleados bancarios. Las agencias turísticas, los restaurantes y bares, las empresas de servicio y el comercio en general sufrieron una pronunciada disminución en sus demandas lo que se tradujo, invariablemente, en despidos, cierres y quiebras a granel. La desesperanza ganó rápidamente la animosidad del pueblo alemán.

Los vagabundos y mendigos se multiplicaron por millares, deambulando por las ciudades y campos sin casa ni comida. Los gobiernos municipales no daban abasto con los crecientes pedidos de ayuda y el presupuesto naufragaba a la hora de satisfacer el seguro social. Largas filas de miserables aguardaban impacientes en los improvisados comedores populares. Parecía que nada podía detener la angustia creciente de las masas trabajadoras y de la clase media empobrecida. La tasa de suicidios, por ejemplo, se proyectó a los más altos niveles del continente: 260 por millón, triplicando la del 85 por millón que padecía Inglaterra.

En este marco, Hitler se dispuso a dar una nueva batalla pública contra la crisis económica y la desocupación, los dos temas centrales que concitaban la atención de la gran mayoría de la ciudadanía alemana. La fallida “Marcha sobre Berlín” le había dejado grandes enseñanzas que no tardará en aprovechar.

Sabía, por lo pronto, que no era suficiente con tener una fuerza de choque propia ni un partido medianamente organizado en varios puntos del país. En todo caso, alcanzaba para disputarle las calles a sus adversarios, pero no para acceder al poder. Las masas eran, a sus ojos, la única plata-



Hitler y Goebbels supieron encender el fanatismo de sus seguidores a través de encendidos discursos con la promesa de sacar de la miseria al pueblo alemán y llevarlo a la salvación.

forma que podría catapultarlo al gobierno; la publicidad, la divulgación de su ideario y la propaganda extrema que reflejara la relación de estrecha vecindad entre su movimiento y el pueblo constituyeron para él, desde entonces, el camino a seguir.

Un mitin organizado, un discurso fervoroso, pues, significaba más para el devenir de sus proyectos que cualquier mascarada militarista.

Y mientras la SA iniciaba un vasto plan asistencial con la apertura de comedores y albergues para los desamparados, el partido nazi ofrecía un plan concreto para revertir la grave situación haciendo eje en la necesidad de dar trabajo a los alemanes. Los nazis agitaron con especial énfasis la necesidad de expulsar a los trabajadores extranjeros que ocupaban las plazas laborales que debían estar en manos de los locales.

En verdad, esto era una quimera. La cantidad de empleados extranjeros y aun de alemanes de origen judío era escasa, pero la iniciativa causó honda impresión y caló profundo entre las masas. La inspiración proporcionada por los discursos de Hitler y Goebbels se ensanchó hasta el fanatismo con los desfiles marciales y el festival de banderas y estandartes que de pronto surcaron los barrios y el centro berlinés, como así también otras ciudades y regiones rurales.

Los actos de masas, perfectamente organizados a cielo abierto, atrajeron cada vez más a un público dispuesto a movilizarse tras una utopía que los llevase de la miseria a la salvación.

Fueron esas acuciantes necesidades de las masas las que hicieron más efectiva la propaganda que los nazis ofrecían, aún mucho más que cualquier ofrecimiento racional de propuestas políticas, programas o elaboraciones intelectuales. La propaganda callejera, en suma, prefiguró en un hecho concreto la idea fuerza de una comunidad que, unida tras la identidad racial única de los arios, se transformaba en un fin deseable y posible.

Los nazis explotaron como nadie el potencial de atracción que significaba la formación de agrupaciones especiales para mujeres, estudiantes e, inclusive, niños. Todas ellas con sus cantos, banderas, estandartes y uniformes distintivos. Las teatrales apariciones públicas de Hitler y sus encendidos discursos, como así también los de Goebbels, lograron una fascinación rayana con el culto mesiánico que convirtieron las propuestas políticas de los nazis, en general puras banalidades y lugares comunes que solían no soportar una crítica mordaz, en auténticas piezas de culto y militancia caracterizadas por el voluntarismo y el fanatismo.

El programa de empleo estatal a través de la construcción de viviendas y carreteras y la recuperación de terrenos baldíos donde levantar edificios populares que los nazis propusieron, por ejemplo, no fueron, en sí mismo, una genialidad impensable y, ni siquiera, de una envidiable característica innovadora. Como afirma Evans, “Eran relativamente pocos, en realidad, los que se decidían a participar activamente en el movimiento por la lectura de obras políticas e ideológicas. Lo que contaba era lo que se transmitía de viva voz”.

Pero ante la inmensidad de la crisis, la imposibilidad del gobierno para detenerla y la pacatería de los otros partidos burgueses, la oratoria y la propaganda nazi constituyeron herramientas audaces que los militantes nazis absorbieron con un dinamismo desconocido y arrollador.

Por su parte, el gobierno se hallaba absolutamente agobiado por la situación económica. La crisis de posguerra dejaba una inmensa deuda interna que incluía el pago de pensiones a 800.000 ex soldados que habían quedado con algún tipo de discapacidad que les impedía mantenerse por sus propios medios; además, el gobierno se había hecho cargo de casi 400.000 viudas y 900.000 huérfanos, a los que debía proveer de alimentación y una remuneración cada mes.

La burocracia estatal se había multiplicado y la presión fiscal llegaba a un punto tal que era imposible continuar aumentándola sin riesgos de graves desequilibrios políticos y sociales.

Con semejante crisis sobre su espalda, la República solo atinó a esbozar un plan clásico de emergencia económica, con mayor impresión monetaria y recortes de gastos y personal.

La inflación desatada fue un producto previsible que alentó aún más la protesta social y conspiró contra la credibilidad de las instituciones. La debilidad oficial contrastó radicalmente con la postura de los nazis que fueron por más, esta vez fustigando contra el plan de pago por indemnizaciones de guerra, cuestión que animaba a grandes sectores de la población. Los nacionalsocialistas elaboraron una “Ley contra la esclavización del pueblo alemán”, en la que solicitaban el fin de las reparaciones.

Desde entonces, Hitler se convirtió en una figura política de renombre nacional y su partido cosechó un aluvión de votos en las siguientes elecciones, convirtiéndose en 1930 en el segundo partido más importante de Alemania.

Mientras los nazis aumentaban considerablemente su influencia en la política nacional, el deterioro de la crisis económica acompañaba al de las instituciones republicanas. Los decretos presidenciales ocuparon el lugar del parlamento que cada vez más demostraba su impotencia para poner fin a la gravísima situación. De hecho, sus reuniones anuales fueron decreciendo en forma proporcional al agravamiento de la crisis: en 1930 sesionó 94 días; 42 el siguiente, y solo en 13 oportunidades en 1932. Y mien-

tras el gobierno en sus diferentes sectores se sumergía en una política que no lograba llevar alivio a las masas populares, y el parlamento revelaba su incapacidad para resolver la crisis, los nazis redoblaron su agitación y trabajo asistencial, fundando en 1931 el “Auxilio Social Nazi” (NSV), que se sumó a otras instituciones partidarias similares como el “Frente Alemán del Trabajo” y la “Asociación de Mujeres Nacionalsocialistas”. Estas instituciones fueron fundamentales tanto para la difusión del ideario hitleriano como para el reclutamiento de miembros partidarios, a través del otorgamiento gratuito de servicios médicos, alimenticios y resguardo que muy pronto compitieron con organizaciones de auxilio comunitario, confesionales o no, como la Asociación Cáritas Católica y la Cruz Roja Internacional.

Además de contar con la SA, en 1926 Hitler organizó una Schutz Staffel (escuadra de protección), más conocida como SS, una auténtica unidad de elite. Su dirección fue asumida por Heinrich Himmler quien hasta entonces había dependido de Ernst Röhm. El crecimiento de la fuerza fue tal que los originarios 250 miembros con los que contaba se multiplicaron a 2.000 en 1930 y a 50.000 en enero de 1933.

Los nazis captaban acólitos con una asombrosa habilidad.

Los integrantes de la SS debían reunir una serie de requisitos que acreditara su calidad de formación especial: desde el punto de vista racial, los aspirantes tenían que exhibir un árbol genealógico hasta 1750 que certificara su “pura sangre alemana”; desde lo ideológico, una clara adscripción al nacionalsocialismo y, finalmente, desde lo físico, medir por lo menos 1,80 metro de estatura, aunque posteriormente tal exigencia adoptó características de “ideales” sin que su incumplimiento impidiera el ingreso a la fuerza.

En los años siguientes la SS se dividió en numerosas formaciones especiales con tareas específicas.

Así, en 1931 Himmler creó el Sicherheits Dienst (Servicio de Seguridad), cuya sigla SD no tardará en convertirse en el más siniestro sinónimo de la represión nazi.

Su jefe, el teniente de marina retirado Reinhard Heydrich, a la sazón mano derecha de Himmler, fue quien estableció el más importante y extenso servicio de informaciones dispuesto a depurar de intrigantes al propio partido nazi y a contrarrestar los intentos conspiradores de cualquier grupo opositor. Su lema, impuesto por el propio Heydrich, marcó el norte de la naciente organización: “Lo único que hay que hacer es saberlo todo”.

Desde entonces, la SD se encargó de vigilar la vida de individuos, funcionarios del partido nazi y del Estado, cuerpos diplomáticos propios y extranjeros, y organizaciones políticas, sociales, religiosas y culturales. Cualquier información, aun la que a primera instancia pareciera irrelevante, era prolijamente registrada: relaciones personales, composiciones familiares, desavenencias matrimoniales, estados contables, afinidades políticas, culturales y religiosas..., todo cabía en los archivos de la SD.

Para armar esta estructura, Heydrich contó con suficiente dotación de agentes y confidentes, calculados por algunas fuentes en un número superior a 100.000 personas hacia 1939. Para hacer más eficiente su trabajo, Heydrich también formó los Tribunales de Honor de la SD, encargados de vigilar atentamente lo realizado por los miembros de su Servicio de Seguridad.

Ante la presencia de una irregularidad severa, actuaba entonces un Comando Secreto de la SD, que ejecutaba sin miramientos a los responsables.

Según apunta el especialista en SS, Eugen Kogon, “Estos miembros [los de la SD] tenían relación directa, o bien ocupaban cargos, en todos los centros de mando que tuvieran alguna importancia en el Estado, en la economía o en la sociedad; agrupados y dirigidos por Heydrich y, más tarde, por Kaltenbrunner, ejecutaban incansable y fanáticamente el plan de la SS para el jefe del Estado de la SS: Himmler, el servidor del Führer Adolf Hitler”.

Pero los proyectos de Himmler iban aún más lejos.

Siguiendo su conocido principio “No tengo que ejercer justicia, sino aniquilar y exterminar”, presentado en sociedad

el 4 de marzo de 1933, creó un auténtico ejército paralelo, con armamento y arsenal, base del Estado policial nazi. El mismo estaba compuesto por las llamadas “Tropas de Disposición de la SS” y por la “Agrupación de Calaveras”, a su vez fraccionada en numerosas divisiones identificadas por el uso de símbolos y estandartes propios.

En 1936 el conjunto del ejército de Himmler alistaba a unos 210.000 hombres, de los cuales aproximadamente 20.000 conformaban las agrupaciones de calaveras. Las funciones de estas formaciones estaban bien diferenciadas.

Las Tropas de Disposición harían las veces de avanzada en la conquista militar de Europa; también serían las encargadas de eliminar a los individuos que consideraran “indeseables” para la grandeza alemana, como los discapacitados mentales y físicos, cuya matanza fue prolijamente preparada en 1939 por el oficial de las SS Christian Wirth, quien contempló la eliminación de alrededor de 100.000 personas.

Las agrupaciones de calaveras, en cambio, operarían especialmente en el interior de Alemania, como bandas de choque contra los enemigos políticos del régimen. De alguna manera, una edición sofisticada y corregida de la SA.

LOS CAMISAS PARDAS

El crecimiento de las agrupaciones policiales nazis pronto devino en un grave conflicto interno, dilema que Hitler supo dirimir con resolución.

La controversia estalló ante el creciente poder de la SA y la persistente influencia de Ernst Röhm, quien continuaba sosteniendo marcadas diferencias con Hitler, sobre todo porque aquél insistía en la reformulación de las fuerzas armadas basándose en la propia SA, cuyas fuerzas, según estimaciones, alcanzaban por entonces a más de 400.000 efectivos.

En verdad, la posición de Röhm cuestionaba aún más el proyecto de Hitler y reclamaba proseguir los pasos inicia-



Hitler saluda a las SA, ala paramilitar del partido. Lo sigue Ernst Röhm cuyas diferencias con el Führer se hicieron irreconciliables conforme aumentaba su poder y control de esa “camarilla gangsteril”.

les de los nazis hacia una “segunda revolución”, es decir, ir a un ritmo más acelerado en la implementación de la superioridad aria sobre cualquier otra consideración.

En los hechos, significaba proceder a la eliminación de todos los enemigos de los nacionalsocialistas de un plumazo. Hitler, en cambio, pretendía dar pasos seguros y precisos, sin quemar lo que consideraba una etapa de cierto coqueteo con el conservadurismo nacional y, sobre todo, con las fuerzas armadas, a las que les reservaba una labor de vigoroso ariete para sus pretensiones expansionistas en Europa.

La virtual oposición Röhm-Hitler dejó a este último en un lugar de mesura, correspondiente a un hombre de Estado. Röhm, en cambio, despertó los mayores malestares en algunos sectores del gobierno y del ejército quienes mostraron sin ambages su disgusto por la impunidad de la SA, impunidad que, además, afectaba las relaciones de por sí tensas con los gobiernos vecinos. La SA incluía entre sus miembros a elementos visiblemente desacreditados que se enredaban continuamente en luchas callejeras. Solamente en Prusia se produjeron, entre junio y julio de 1932, 461 desórdenes políticos, en los cuales resultaron muertas 82 personas y aproximadamente otras 400 gravemente heridas.

La SA, efectivamente, había aumentado considerablemente su actividad a pesar de no contar con una preparación militar seria y armamento de gran importancia, excepto en algunas zonas cercanas a la frontera oriental. Sin embargo, constituían una fuerza que los gobiernos habían de tener en cuenta. En los territorios provinciales, como el de Prusia, sus andanzas pasaron a ser especialmente irritantes. Las canciones que entonaba auguraban un descontrol de envergadura:

¡La bandera sostenida en alto! ¡Prietas las filas!
Los hombres de la SA marchan con paso firme y valeroso.
A nuestro lado van, en nuestras filas, en espíritu,

¡Los camaradas a los que mataron los del Frente Rojo
y de la Reacción!
¡Dejad libres las calles a las escuadras pardas,
Dejadlas libres para el hombre de la Sección de Asalto!
¡Contemplan ya millones la cruz gamada llenos de es-
peranza
El día del pan y de la libertad está ya próximo!
”¡Es la última vez que suena la llamada a las armas!
¡Todos estamos preparados al fin para la lucha!
Pronto ondearán en todas las calles las banderas de Hi-
tler.
¡Pronto habrá acabado nuestra servidumbre!

Las autoridades, pues, habían comenzado desde hacía ya algún tiempo a presionar para que se actuase contra ella. El descubrimiento de un plan de la SA para tomar el poder por las armas precipitó los acontecimientos.

En efecto, la revelación de los llamados “Documentos de Boxheim”, en noviembre de 1931, confirmó las sospechas. Se trataba, en rigor, de un plan regional elaborado por un nazi ante la posibilidad de que los comunistas intentaran un levantamiento, pero de todos modos dio argumentos a la reacción virulenta de los que esperaban poner freno a la SA. Los gobiernos de Prusia, Baviera y Württemberg insistieron en que si el Reich no actuaba contra los irregulares ellos mismos se encargarían de hacerlo.

Un desafío inquietante que era observado por todos los sectores políticos y militares con expectación.

El ministro de Defensa del Reich, general Wilhelm Groener, convenció al presidente Hindenburg de que la SA debía ser disuelta, asegurándose ponerle también un límite concreto al afianzamiento de Hitler. Paralelamente, Franz von Papen, el nuevo canciller, se sumó al coro de voces contra la SA y denunció públicamente sus excesos, exigiendo restaurar las normas de decencia y las libertades civiles. Por lo pronto, se les prohibió el uso de las camisas pardas, aunque la medida fue bastante inútil ya que rápidamente las cambiaron por camisas blancas. Mutaban los colores, más no la praxis política que los identificaba.



La entrevista con Von Papan realizada en enero de 1933 terminó de confirmar a Hitler su triunfo político y de afianzarlo en el camino que pronto lo convertiría en canciller de la República.

De esta manera, la multiplicación de sus actividades apenas fue afectada y su crecimiento continuó. En la Alta y Baja Silesia, por ejemplo, llegaron a contar a mediados de 1932 con unos 34.500 efectivos, exactamente el doble que un año antes.

Hitler se enfureció; no le pasaba inadvertido que la política contra la SA podía convertirse en una campaña contra él y su partido, mucho más cuando el propio Von Papan habló directamente con él y le comunicó que estaba, además, llevando la voz del anciano presidente. También los mandos del ejército hicieron conocer a Hitler su invariable posición a través de su jefe y ministro de la Guerra, Werner von Blomberg. En definitiva, las fuerzas armadas se negaban terminantemente a que la camarilla gangsteril de la SA pasaran a controlarlas. Y lanzaron una advertencia de gravedad: si se intentaba poner en práctica el proyecto de la SA, el propio presidente de la República le daría el poder al ejército para que impusiera la ley marcial.

La preocupación de Hitler entonces aumentó. Sabía que Hindenburg estaba disgustado y fue el propio presidente quien le confirmó personalmente el ultimátum. Las presiones fueron tales que, finalmente, las actividades de la

SA se prohibieron el 13 de abril de 1932, y se ordenó la confiscación de sus pancartas y vehículos.

Hitler no era un político vacilante ante las presiones. Pero sabía que debía esperar y negociar hasta alcanzar el poderío para que ya no fuera necesario dar concesiones. Por lo demás, tampoco a él le confería ninguna confianza las aventuras políticas de Röhm y en lo inmediato no esbozó ninguna defensa de su controvertido lugarteniente.

Entre 1929 y 1933 el electorado alemán fluctuó con bruscos giros a la derecha y a la izquierda. Tanto los nazis como los comunistas aumentaron considerablemente su caudal, aunque los vaivenes de la crisis les hicieron perder fuerza según la coyuntura. Como fuera, unos y otros elevaron su influencia que se vio reflejada en la composición del parlamento. El gobierno no podía desconocer la dimensión alcanzada por los nacionalsocialistas y comunistas, y abrió un compás de negociaciones con los primeros, situando como enemigo principal a los “rojos”.

Las clases dirigentes temían el crecimiento del KPD, y más aún cuando su expansión ganó en forma notoria las calles. Los desocupados constituyeron para ellos semilleros de reclutamiento que supieron captar formando, en algunos barrios, auténticos bastiones obreros que contaron, además, con guardias propias de autodefensa. La afluencia de militantes comunistas se triplicó, al grado que los 117.000 militantes rojos de 1929 se convirtieron en 360.000 en 1932. Sus actos y manifestaciones eran tan asiduos y masivos como las de los nazis.

Hitler, en tanto, había ganado cierta confianza de parte de los sectores económicos más influyentes y de la clase media. Su prédica redentora fue recibida de manera esperanzadora en una forma directamente proporcional a la agudización de la crisis económica.

En ese marco, el gobierno no tuvo más remedio que tender puentes de acercamiento con los únicos que podían oponérseles seriamente y contribuir a cierto equilibrio político. En concreto, negoció con Hitler la revocación del decreto por el cual se disolvía la SA a cambio de un virtual

apoyo suyo a la gestión oficial. Hitler aceptó complacido. De alguna manera, la negociación misma era un síntoma inequívoco del desarrollo alcanzado por su partido.

Así las cosas, el 16 de junio de 1932 quedó anulada la disolución de la SA. Un mes más tarde, las elecciones del Reichstag le dieron a los nazis el 37% de los votos, cantidad que lo situaba en una inmejorable situación respecto del oficialismo. En virtud de la importante proporción de las bancadas comunistas y socialdemócratas, su asistencia se convirtió en una necesidad vital para el gobierno. Semejante oportunidad no fue desaprovechada por Hitler, quien, con su caudal de votos como as, exigió para sí un premio mayor. Ahora iba por la cancillería del Reich.

Las luchas políticas internas para conformar un gobierno con cierto apoyo no cesaron. Para Von Papen la posibilidad de estructurar un gabinete sin los nazis se convirtió en una quimera. El ministro de Defensa y luego también canciller, general Kurt von Schleicher, en cambio, no renunció a la idea de gobernar sin ellos, y proyectó un plan para disolver el parlamento y apoyarse solo en el ejército.

El 4 de enero de 1933 Von Papen y Hitler volvieron a encontrarse, esta vez para aceptar las exigencias de Hitler. El triunfo político lo encendió aún más, e imperturbable solicitó para su partido dos nuevos cargos: el Ministerio del Interior en Prusia, para Hermann Göring, y el Ministerio del Interior del Reich, para Wilhelm Frick. De esta manera, se aseguraba el manejo de la policía y el control político de las próximas elecciones.

Von Papen, por su parte, no tuvo más remedio que aceptar un papel menor, como vice canciller, con la expectativa de que un posible derrumbe político de Hitler lo volviera al primer plano.

Si bien el nuevo gabinete tenía solo tres figuras nazis en su composición, estos, a diferencia de sus aliados conservadores, eran extremadamente superiores en presencia callejera e influencia social. Por otra parte, de todos los partidos con representación parlamentaria, el de Hitler era

el más importante de los que no habían tenido nada que ver con la implantación de la desacreditada República, un “beneficio” extra que supo explotar propagandísticamente.

Los conservadores y otros nacionalistas tenían cargos políticos, Hitler, en cambio, apoyo popular y una fuerza propia ya entrenada. Seguían unidos, de todos modos, por el odio al enemigo común: la izquierda, y a lo que consideraban su socio menor: el sistema parlamentario. De momento, ambos aún se necesitaban.

Schleider, por su parte, al ver la amenaza de una presencia nazi en sectores claves del gobierno, se decidió a jugar su última carta solicitando al presidente la disolución del parlamento para intentar formar un gobierno apoyado por el ejército y algunos sindicatos libres. Hindenburg rechazó su plan, que implicaba de hecho la aniquilación del sistema republicano. No sospechaba hasta donde el ascenso de Hitler comprometería a la democracia misma.

Los acontecimientos, sin embargo, se precipitaron. Vencido, Schleider renunció el 28 de enero de 1933. Dos días más tarde, Hitler juraba como nuevo canciller.

A pesar de haber alcanzado un lugar de privilegio en la conducción del Estado, una vez más Hitler se mostró cauteloso con los pasos a coordinar. Algunos de sus compañeros de ruta presionaban por medidas drásticas contra los comunistas. Hugenberg, por ejemplo, ministro de Economía, pedía a gritos la inmediata ilegalización del KPD para neutralizar su prédica. Hitler, en cambio, aguardaba un momento más adecuado para ir a fondo contra ellos, evitando por el momento la posibilidad de provocar, por una arremetida apresurada, un levantamiento comunista que erizaría los nervios del ejército. Por lo pronto, prefirió darle un marco legal a su avance contra el KPD, sin desmerecer en ningún momento la influencia que este tenía en grandes sectores de los trabajadores.

Con la convocatoria a nuevas elecciones pretendía un plebiscito a su gestión que estaba seguro de obtener por el recurso de las urnas. Sin mancharse públicamente de sangre, el resultado, en definitiva, sería el mismo.

De todos modos, un incidente de proporciones que conmocionó a la nación le allanó el camino y adelantó los tiempos.

El 27 de febrero un incendio provocado intencionalmente devoró las instalaciones del Reichstag. La responsabilidad recayó en un joven comunista holandés, Marinus van der Lubbe, quien atacó el parlamento en protesta contra el sistema capitalista. Nunca se aclaró debidamente si los nazis estuvieron implicados, pero lo cierto es que sí fueron los principales beneficiados.

Al día siguiente, presidiendo la reunión de gabinete, Hitler declaró que “el momento psicológicamente adecuado para el enfrentamiento con los comunistas había llegado”. Ese mismo día, y con el parlamento aún humeando, Hitler exacerbó al pueblo contra los “conspiradores rojos” e impulsó la promulgación de un decreto presidencial para la “Protección del Pueblo y del Estado”, que suspendía todas las libertades constitucionales de la antigua República de Weimar y autorizaba al gobierno central a hacerse cargo del gobierno de cada uno de los estados. ¡Y todo en nombre del artículo 48 de la propia Constitución de Weimar que le permitía suspender de manera indefinida todos los derechos y libertades ciudadanos!

Como bien apunta Ian Kershaw, “El decreto del incendio del Reichstag inauguró, por tanto, un ‘estado de emergencia’ que duró en la práctica lo que el propio régimen y constituyó un elemento crucial en la consolidación del dominio de Hitler”.

Lo que siguió fue previsible y los últimos estandartes democráticos fueron cayendo uno a uno: se eliminó el derecho de reunión y de expresión, y se permitió la detención de personas sin orden judicial. En este contexto de afianzamiento nazi en la cima del poder, y con la SA y la SS actuando en las calles, ahora legalmente incorporadas como fuerzas policiales auxiliares, se convocó a nuevas elecciones para la cámara baja a efectuarse el 5 de marzo. El resultado fue el imaginado: en un clima absolutamente enrarecido por la actuación de las bandas de camisas pardas y la perse-

cución de los comunistas y socialdemócratas, los nazis lograron el 44% de los votos, los que sumados a los de sus aliados se convirtieron en un 52%.

En total obtenían 340 de las 647 plazas del parlamento; aún les faltaba para alcanzar la mayoría propia de los dos tercios, pero con la proscripción de los 81 representantes comunistas y varios congresistas socialdemócratas en la cárcel o asesinados Hitler llegó a la meta que le permitió el control absoluto del poder.

Dos días más tarde, y como un preámbulo de lo que se aproximaba, el KPD fue legalmente proscrito. No obstante, para legitimar sus pasos, promovió la llamada Ley de Autorización, que permitía la transferencia de las facultades legislativas a su gobierno. De esta manera, contaría con el instrumento para dictar leyes, modificar la Constitución y aprobar presupuestos durante un periodo de cuatro años sin aprobación parlamentaria. En otros términos, Hitler vislumbraba por este medio un camino despejado para someter a sus mandatos a la totalidad de los gobiernos provinciales.

El 21 de marzo, el futuro Führer se aprestó a colocar el broche de oro a su campaña, reuniendo al nuevo parlamento que sesionaría provisoriamente en el Teatro de la ópera Kroll para que votara a favor de la ley propuesta. La presencia de algunos representantes socialdemócratas, con Otto Wells a la cabeza, tensó los ánimos de la reunión; aunque los nazis lo hicieran blanco de sus burlas, su discurso elevó la presión a un nivel mayor.

Wells, que llevaba encima una cápsula de cianuro por si era capturado por los camisas pardas, reivindicó con dignidad los valores de “humanidad y justicia, libertad y socialismo”, pero el auditorio ya no era el adecuado. Hitler mismo tomó luego la palabra para anunciar que el tiempo de la socialdemocracia había pasado. Ahora era el tiempo de los que elevarían a Alemania como jamás antes se había hecho. La Ley de Autorización, por supuesto, fue aprobada sin inconvenientes.

Con la suma del poder, Hitler dejó en funcionamiento algunos partidos, aunque para junio tal situación no tenía

razón de ser. Finalmente, los socialdemócratas fueron proscritos el 22 de junio, y el 14 de julio una ley dio la última estocada al convertir al partido nazi en el único legalmente permitido.

Resignados, los partidos del centro, liberales y conservadores no tuvieron otra elección que la autodisolución. El 2 de mayo fue el turno de los sindicatos de orientación socialdemócrata, que padecieron la misma suerte que los locales partidarios: saqueadas sus oficinas y fondos bancarios, y detenidos sus principales dirigentes, también dejaron de existir. Dos días más tarde, los sindicatos de orientación cristiana se sujetaron a las directivas de la dictadura. Hitler controlaba ahora todos los resortes de la vida política nacional.

Evans cita un pasaje del diario de Goebbels con fecha 13 de mayo que es toda una síntesis de lo logrado por la dirigencia nazi: “Somos los amos de Alemania”.

Una sola cuestión de importancia le restaba resolver. Las actividades de la SA aún disgustaban a los altos mandos del ejército. Para conjurar el conflicto de raíz debía abandonar las indecisiones y operar drásticamente para recuperar la confianza del generalato. Y actuó en consecuencia. Entre el 30 de junio y el primero de julio de 1934 hizo arrestar a la plana mayor de la SA.

Mientras, en Berlín, Göring y Himmler detuvieron y asesinaron a otros destacados miembros de la SA en una operación comando conocida como “La noche de los cuchillos largos”.

El general Reichenau, Jefe de Estado Mayor de Blomberg, prestó gustoso y con la autorización de este suficientes camiones y armas a la SS para que pudiera movilizarse y concretar las detenciones y asesinatos debidos. El propio Hitler viajó a Baviera para supervisar personalmente el arresto de Röhm y su posterior ejecución en Munich.

Al final de las operaciones, el conflicto se había resuelto.

Para Eugen Kogon, las purgas permitieron al trío Himmler-Heydrich-Best la colocación de “la primera piedra para el establecimiento de su estado de la SS. El pánico

que, emanando de ellos, se propagó fuera y dentro del partido” —concluye— “fue el prerrequisito para la subsiguiente sistematización del terror”.

Las fuerzas armadas quedaron conformes y la SA, reorganizada bajo la tutela de los hombres más próximos a Hitler, “quedó en nada más que un organismo activista” —señala Kershaw— “útil pero absolutamente leal, que, como en el caso del pogromo de 1938, gastó su violenta energía en ataques contra las minorías desprotegidas más que atentar contra los que controlaban el poder del Estado”.

Entre las víctimas de la nueva purga se incluyeron a monárquicos partidarios de la restauración de la familia Hohenzollern, al jefe de la Acción Católica y a varios adversarios reales o potenciales de los más diversos orígenes y tendencias. El mismo Von Papen fue arrestado en su domicilio, y su secretario, Gregor Strasser, pasado por las armas. Oficialmente, se anunció el fusilamiento de 61 personas, 19 de ellos altos jefes de la SA, aunque varias investigaciones elevan el número a entre 200 y 400 personas.

Como fuera, el 2 de julio la matanza estaba terminada. Y hasta el propio Hindenburg agradeció a Hitler la determinación puesta para poner coto a las pretensiones desenfrenadas de Röhm. Por otra parte, el ministro de Justicia, Franz Gürtner, bendijo las actuaciones en virtud de tratarse de medidas extraordinarias destinadas exclusivamente a preservar los supremos intereses del Estado.

Paradójicamente, Hitler quedó como un agente pacificador, maniobra que volvería a utilizar magistralmente cuando se desencadene la crisis con Checoslovaquia. Por de pronto, exhibía triunfante el control de una organización resistida por la mayoría de los sectores de poder y de la ciudadanía, lo que le confirió un mayor crédito y popularidad. Una vez más, su agudo sentido de la oportunidad para intervenir políticamente le daba grandes ganancias.

Los altos mandos del ejército no tardaron en mostrar su agradecimiento a Hitler por la posición adoptada y tras el fallecimiento de Hindenburg, el 2 de agosto de ese año, no interpusieron ningún impedimento para que el “héroe”

de la jornada de exterminio sumara a sus poderes de canciller el de presidente de la República y el de jefe de las Fuerzas Armadas. Fiel a su tendencia de legitimar el éxito asegurado, Hitler convocó a un nuevo plebiscito para reafirmar su poder. Celebrado el 19 de agosto, el 90% de los ciudadanos, algo así como unos 38 millones de votantes, aprobó la concentración del poder completo en la persona de su nuevo Führer.

Con la legalidad en una mano y la ilegalidad en la otra, Adolph Hitler se convirtió en el hombre más poderoso de la política alemana, superando en popularidad a cualquier otro político desde Bismarck. Buena parte de la oficialidad alemana no tardaría en descubrir la trampa en la que había caído, y en darse cuenta de que la hegemonía de la SS de Himmler constituiría una amenaza aún mayor para el poder decisorio del ejército en las cuestiones del Estado. A partir de ese momento la SS se fue entrometiendo más aún en las estructuras policiales y militares alemanas, en virtud de sus funciones de resguardo de la seguridad nacional.

Finalizaba así una etapa compleja y de crisis, surgida en 1919. Ahora, y tras la sucesión de 20 gobiernos en 14 años, el Estado contaba con un poder reconcentrado en el nuevo Führer, ideólogo de la derecha nacionalista más radical.

El proceso que se abría sería, sin duda, el más oscuro de la historia alemana.